

fin, quiero vivir y morir: y estas mismas frases, bellas y conmovedoras, nos repite sin cesar, hermanos míos, Jesucristo, nuestro amor, desde ese inefable Sacramento: y este mismo indecible amor nos manifiesta en toda su infinita extensión en la santa y divina Eucaristía; amor que supo sintetizar el que lo bebió á torrentes, reclinado en su corazón, en estos breves pero sublimes conceptos: *Como hubiese amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos:* y este fin, no sólo era la pasión y muerte en el tiempo; era la Eucaristía en la eternidad: y este amor, que como bien único y absoluto y supremo, es por lo mismo esencialmente difusivo, marca admirablemente su difusión en la Eucaristía, no sólo porque allí nos ama Dios infinitamente, sino porque ese amor se difunde entre nosotros, partícipes suyos, como miembros de un mismo cuerpo y convidados de una misma mesa, y alimentados con una misma vianda: *que sean una misma cosa, como nosotros lo somos, Padre mío:* he aquí la acción eucarística, ó de gracias, al final de tan adorable convite.

Y vengamos ahora, ya para terminar, al ejemplo práctico de este amor, en María Magdalena: el amor, mis hermanos, la trajo á los pies de Jesús, ante la mesa de Simón el leproso: el amor puso alas en sus pies para volar allí, como el cervatillo de las montañas de Bether, de los montes del aroma, perfumados con su ambiente, como el vaso de nardo que traía la pecadora oprimido contra su corazón, y que derramó sobre la cabeza del Salvador, esparciendo su grato perfume por todo el ámbito de la hospitalaria morada, como el del amor se dilataba en su pecho ardiente y palpitante al escuchar de los labios del Salvador, su juez compasivo: *Se la perdonaron muchos pecados, porque amó mucho: Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.*

Amó mucho allí, es verdad; y hasta en sus acciones externas y en los menores detalles de aquella tierna y patética escena, dió Magdalena sobradas y relevantes pruebas de la sin-

ceridad y de la fuerza de ese amor que atesoraba su pecho, y su alma buena, noble, y generosa y compasiva, que supo seguir á Jesús hasta el Calvario, y hasta el sepulcro mismo, sin espanto, sin temor, desafiando los peligros y la muerte: pero venid conmigo por un instante al huerto de José de Arimathea, y allí la veréis amorosa hasta el extremo de que merezca con justicia el título de *segunda mujer querida de Dios*, con que la honra un Santo Padre muy celebrado en la Iglesia.

¿No escucháis, Señores, profundamente conmovidos, aquel acento que sale del fondo de su corazón desgarrado por la más amorosa y cruel pena? *Me han quitado á mi Señor, y no sé dónde lo han puesto*, contesta á su Divino Maestro, á quien por el pronto desconoce, y que la interroga por la causa de su llanto; y animosa y ardiente en su amor, como en su fe, á semejanza de la leona cuando le fueron arrebatados sus cachorros, *si tú me lo has quitado*, concluye, dirigiéndose al que ella creía hortelano, *dímelo, y yo lo arrebataré:* nada la arredra, nada la asusta, nada la detiene, nada la impone: el amor quita desde luego toda su debilidad al sexo: y ella, que le siguió al Gólgota y á la sepultura prestada, que volvió á visitarle cuando aún no se dibujaban en el horizonte los rosados tintes de la aurora del día dichoso de la resurrección, está dispuesta á robar su cuerpo, á esconderle, si fuera posible, en su corazón, á defenderle de todos los adversarios y de todas las profanaciones: amor fino y constante, mis hermanos; amor que no desató la muerte, que no entibió el peligro, que no destruyó la adversidad; amor, en fin, que es el modelo más perfecto y acabado del amor con que debemos rendir nuestro pobre corazón ante Jesucristo Sacramentado, ante ese disfrazado amoroso Maestro, ante ese divino y eterno Hortelano, que reside resucitado y glorioso en medio de su jardín, que es la Iglesia, hasta la consumación de los siglos.

Voy á concluir ya, hermanos míos: he apuntado antes que la Santa Eucaristía es, no solamente el amor de Dios, sino que también el amor mutuo: no se ha visto jamás, Señores, que

basten las ideas, que sean suficientes las teorías, por sublimes y bellas que aparezcan, para unir á los hombres; á la voluntad sólo puede vencérsela á fuerza de amor; y si el amor no une dos voluntades, no hay doctrina puramente abstracta y teórica, ni violencia, aun material y física, capaz de unir las.

Pues bien, hoy, por eso mismo cabalmente, hace mucha, muchísima, inmensa falta la Eucaristía, en el seno de los pueblos cristianos: *unum corpus, et unus spiritus: un cuerpo y un espíritu*: lo segundo como consecuencia infalible de lo primero, y lo primero como premisa indispensable y necesaria de lo segundo; porque la Eucaristía, que refuerza y afirma, es preciso decirlo así, el cuerpo místico, y completa la organización admirable de la Iglesia, ha sido precisamente instituida, según la hermosa afirmación de Jesucristo, para congregar y reunir en un solo corazón y en una sola alma, como en los primitivos tiempos del catolicismo, á los hoy por desgracia más que nunca dispersos hijos de Israel, aun dentro del rebaño único y salvador del Pastor verdadero: hoy hay mucha necesidad de poner en práctica en toda su extensión y en todos los terrenos, los dos extremos ó partes que ha abrazado esta pobre y desaliñada peroración mía: hoy hay más que nunca mucha necesidad de *crear y de amar*; y de crear y amar por el modelo de Jesucristo Sacramentado y de María Magdalena, especial, como habéis visto, bajo ambos respectos.

Sin la fe, es imposible agradar á Dios; y ya podemos haber experimentado prácticamente, por desgracia, cuál sea la suerte de los pueblos, como de las sociedades, y de los individuos que tienen á Dios enojado por su absoluta y criminal falta de creencias en materia de religión; y como consecuencia espantosa, pero ineludible, de esa falta de fe, ha venido en seguida la falta de amor, el relajamiento de todos los lazos mejores y más íntimos, la desaparición de todas las más nobles y puras afecciones; y recordemos ahora, una vez más, mis hermanos, que á la idea del amor, como á la de la fe, va esencialmente aneja la idea del sacrificio; es preciso amar á todos

sin excepción ni reserva alguna, y es indispensable sacrificar, de una vez para siempre, el miserable y absorbente egoísmo que nos agobia, y crear un gran fondo de nobleza de alma, para ofrecer desinteresadamente ese sacrificio en aras de los más caros intereses sociales, hoy amenazados de muerte por la falta absoluta de caridad, en luchas continuadas y profundas, en frecuentes intestinas discordias: basta: acudamos á Dios Sacramentado y á María Magdalena, nuestro modelo, para que remedien nuestros males.

Misterio de fe por excelencia, aumenta la nuestra vacilante: Obra del divino amor, abrasa la tierra en tu sagrado fuego: Patrona y titular de esta piadosa feligresía, suscita entre nosotros hombres de fe ardiente y animosa, corazones inflamados en los celestiales ardores en que ardió el tuyo, por toda la vida, desde tu conversión dichosa: pide, postrada de nuevo ante Jesucristo, tu Salvador y el nuestro, perdón para muchas culpas, y amor para muchos corazones yertos, á fin de que, guiados por la fe y por el amor, podamos, rotos los velos de la primera un día, conservar el segundo ante Dios por toda una eternidad dichosa en el Cielo. Amén.

PLAN DEL SERMÓN DE LA SANTA EUCHARISTÍA Y SANTA MARÍA MAGDALENA,

Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum..... Fides tua te salvam fecit: vade in pace.

Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho..... Tu fe te ha hecho salva: vete en paz.

(Luc. VII, vs. 47 y 50.)

Exordio. Recuerdos de banquetes.—Baltasar.—Asuero.—Herodes.—Balhasor.—Mesa de Judith.—Encina de Mambré.—Leche administrada por Jael á Sisara.—Miel gustada por Jonatás.—Tierra que mana una y otra.—Las dos mesas.—Penitencia y Eucaristía.—La casa de Simón y el Cenáculo.—La Magdalena.—Fe y amor.

Proposición. La Eucaristía, el más grande misterio de fe, y la más grande obra del amor divino; y la Magdalena, el más bello modelo de fe y de amor.

El Sacramento, Misterio de fe por excelencia.—Vida, pasión y muerte del Salvador.—Se revelaba el Dios y se manifestaba el hombre.—En la Eucaristía ni uno ni otro.—*Deus absconditus*.—La idea del sacrificio de la inteligencia, compensando la largueza del amor.—*Noli me tangere*.—La Magdalena, modelo de fe para nosotros.—Respuesta á una objeción.—María Magdalena vió al Hombre y creyó en Dios.—Santo Tomás y las llagas.—*Aliud vidit, et aliud credidit*.—La Iglesia visible y á la vez artículo de fe.—Más pruebas.—Todos acudían á Jesús pidiendo favores corporales.—María Magdalena busca salud del alma, la primera.—Fe animosa y ardiente.—A la vista de todos.—En un convite.

Amor de Jesucristo en el Sacramento.—Naturaleza y efectos del verdadero amor.—Ruth y Noemí.—*Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos*.—Otro resultado de ese amor.—El amor mutuo.—*Ut sint consummati in unum, sicut et nos*.—María Magdalena.—Escena de su perdón.—Palabras de Jesucristo que alaban su amor.—En el Calvario y el sepulcro.—En el huerto de Arimathea.—Sus palabras en la aparición del Salvador resucitado.—Aplicación á Jesucristo disfrazado en el Sacramento.—Reflexiones generales.—Necesidad de fe y amor para la vida social en todos los terrenos.—La realización de la idea del sacrificio, por la fe y por el amor, á imitación de Jesús y de Magdalena.—Súplica.

SERMON

DEL GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ.

Cui nomen erat Joseph.
Que se llamaba José.

(Luc. I, v. 29.)

Hay indudablemente en nuestro siglo un constante afán y decidido propósito de inventar una nueva fraseología y un especial vocabulario, hasta ahora desconocido en todos los diccionarios del universo, y sobre todo, de apartarse, en materias de Religión, de las frases y voces consagradas por la autoridad de la Iglesia, y la venerable tradición y antigüedad, sustituyéndolas por otras, generales, equívocas, profanas, en fin, si no ya con marcado sabor de paganismo: por esto, en vez de apellidar sencilla y piadosamente *caridad* al amor del prójimo radicado en el de Dios, y á la conmiseración y socorro de las miserias y desgracias de nuestros semejantes, se la denomina *beneficencia*, y con mejor acierto, entre los que hablan bien, *filantropía*: á la respetable mansión de los muertos, que nuestra Madre la Iglesia ha llamado siempre cementerios, fundada en la historia de esos venerandos lugares, la moderna civilización los engalana desde luego con la denominación gentilica de *necrópolis*: para los modernos reformadores de las costumbres, no es ya la *Religión* precisamente la que debe imperar en las sociedades *progresivas* de nuestros días, sino la *Moral*, epíteto más holgado que el Evangelio y la doctrina de Jesucristo; y en fin, para esquivar el nombre de Dios, como le conocieron y